

# La solemne tristeza de las aulas

por Pablo Zapata Lerga\*

*Con apasionada contundencia, el autor denuncia esas prácticas pedagógicas vetustas que han convertido materias como la Lengua y la Literatura en verdaderos ladrillos del currículo, y han generado tantos miles de bachilleres y universitarios no lectores. Con la reforma educativa encima, es el momento de recordar que «a leer se aprende leyendo, y a escribir, escribiendo», y que, por lo tanto, en las clases de Lengua y Literatura se deben «dar pocos conceptos, y el resto del tiempo dedicarlo a leer gozosamente, y a escribir trabajando la fantasía a tope...».*



ANA PEYRI.



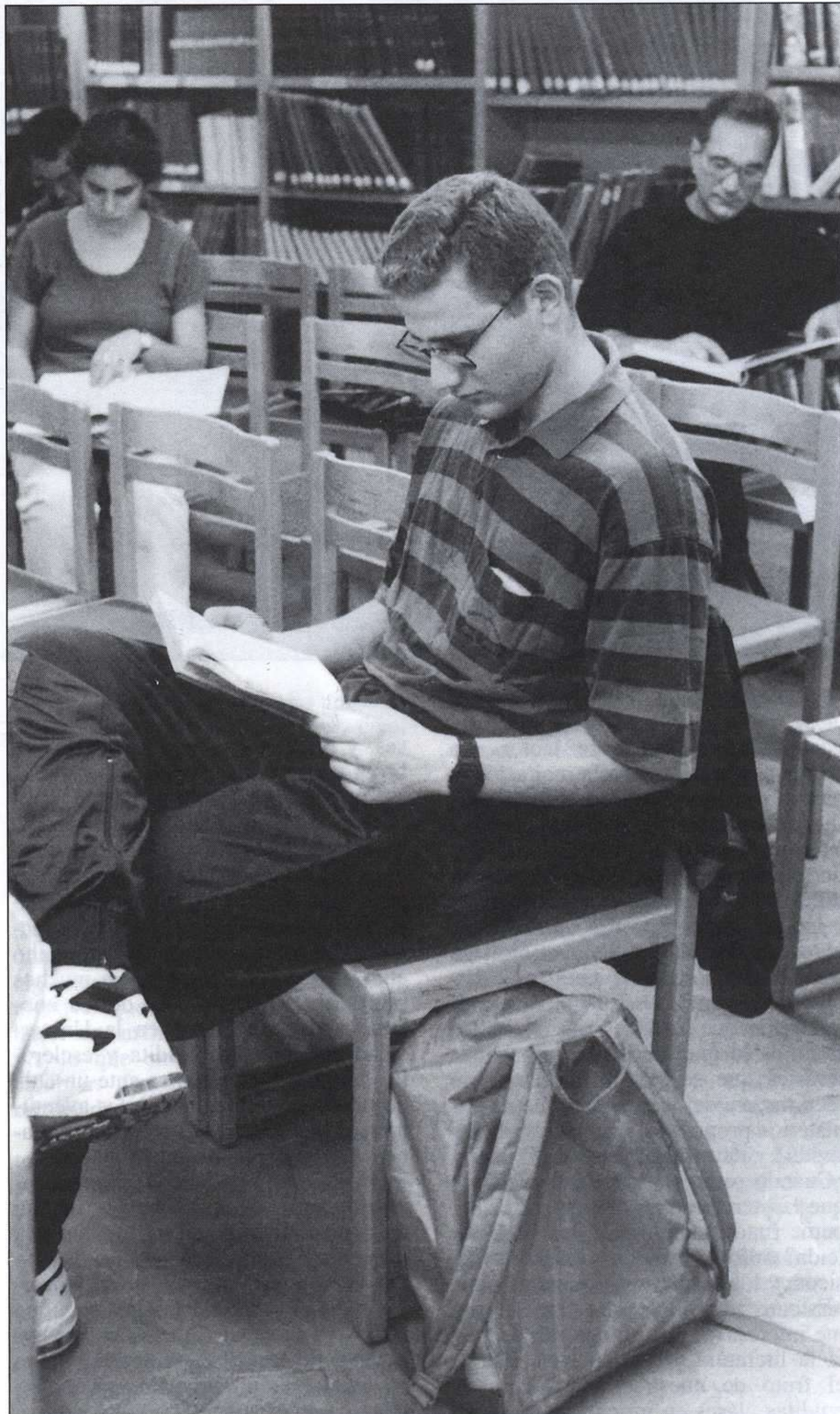
Somos muchos los profesores que intentamos hacer de la lengua y la literatura, del arte de leer y escribir, un hecho lúdico, creativo y personal... pero somos todavía pocos.

Hace ya algunos años que surgió una corriente, minoritaria pero realista, intentando desgramaticalizar el aula. Pero siguen siendo mayoría los profesores que no se apean de su vieja cátedra... y que ha generado tantos miles de bachilleres y universitarios no lectores. Parecía que ya no había que incidir en este campo, pero hay que hacerlo. La realidad es demasiado cruda y dura. A mi experiencia de profesor de Lengua y Literatura en la EGB y en BUP, añado decenas de encuentros lectores con adolescentes. Puedo asegurar que *mayoritariamente* sigue siendo un *ladrillo* como asignatura. Los que hacen, o intentan hacer, de ella algo ameno y creativo son minoría.

En lugar de hacer del texto algo lúdico, imaginativo y bello, me encuentro con alumnos que odian la Lengua, que me dicen claramente que no quieren saber nada de lectura personal, nada de escribir como creación. ¡Y cientos de profesores sin enterarse! Por eso vuelvo al tema, cuando creía que ya era un debate innecesario. La Reforma lo pide.

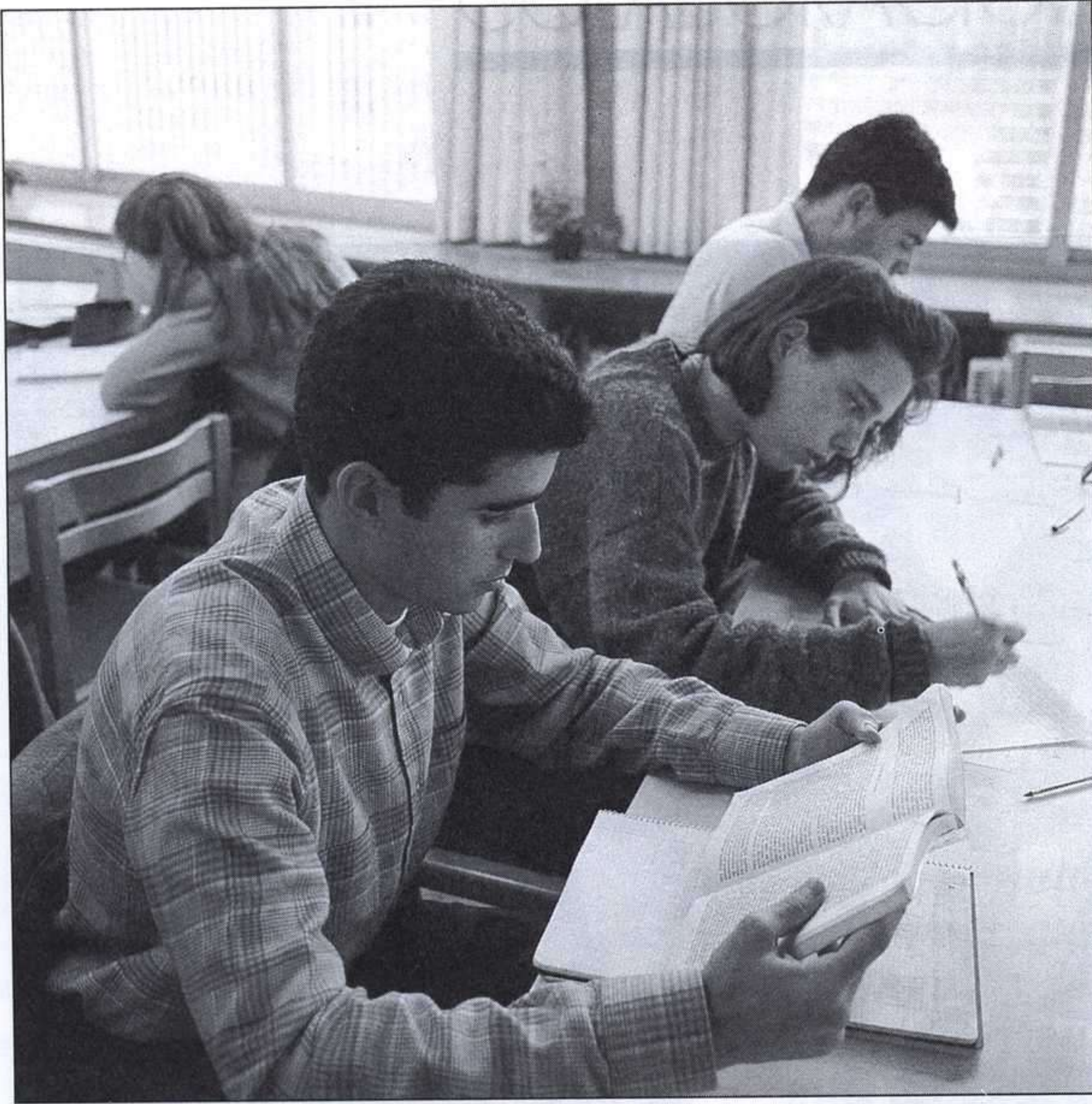
### La lectura gozosa

En cuanto a Literatura (hablo de 13-17 años), abundan los profesores que siguen la literatura clásica como única fuente de lectura y estudio, y no quieren saber nada de la *otra* literatura, la que les interesa a ellos, la que les gusta (*Diario de Ana Frank*, *Rebeldes*, *Madame Bovary*, *La Perla*, *Viento del Este viento del Oeste*, *El guardián entre el centeno*, *El señor de las moscas*, *Una bolsa de canicas*, *El otro árbol de Guernica*, *El viejo y el mar*, *El reencuentro*, *Sidharta*, decenas de escritores actuales que contactan con los jóvenes de hoy día... y una lista interminable de cientos de libros). Sus clases son para *estudiar*, pero no para lanzarlos a la lectura go-



ANA PEYRÍ.





ANA PEYRÍ.

zosa, a descubrir el placer lector, a la composición poética, a la recitación, a cantar romances con su música medieval, a dramatizar, etcétera, etcétera.

Hay libros maravillosos, con los que se puede gozar, y nosotros dándoles *fósiles* que no les dicen nada (que tal vez a nosotros nos dijeron algo cuando los estudiamos; ¡ojo!, yo soy un enamorado de nuestros clásicos; pero para mí). Luego, nos quejamos de que en este país no se lee si no es lo que manda la propaganda jurásica que se lea: los hacemos no lectores, así de duro y claro, entre Ministerio, programas, memorias, selectividad y demás elementos asfixiantes. ¿Cuándo se van a enterar algunos de que la literatura hay que estudiarla, sí, pero, fundamentalmente, es para ser leída? Sólo se estudia y lee a los clásicos, y los alumnos dicen claramente: «Esto es un rollo», «Su temática no me interesa»; te dicen que no les gusta la literatura y que no leen. Ése es el fruto de nuestras maravillosas y eruditas clases en un campo que queremos que tenga aromas salmanticen-

ses, y el ganado quiere la hierba que brota en otros pastizales.

Por lo menos tendremos que plantearnos sobre el sentido de lo que damos, para qué ha servido tanto *estudio de*, si no se les ha llevado a la lectura gozosa, si el alumno no ha adquirido el hábito lector porque no ha contactado con libros que le hayan dicho algo. Lo que ocurre es que a muchos profesores, si se les saca de los contenidos que recibieron en la Universidad, de la altura erudita y esclerótica, se sienten huérfanos ante un aula de adolescentes juguetones y aventureros. Pues mucho de lo que estudiamos hay que dejarlo en la alacena.

Antes que *estudiar*, o simultáneamente, hay que *leer*, que es mucho más importante. Es suficiente con una literatura clásica elemental, y el resto del tiempo que lo empleen en lanzarlos a leer libros que les gusten, ¡que los hay a cientos! Es mentira que los jóvenes no leen, lo que ocurre es que no les damos el caramelo que les interesa, y lo escupen. Los niños de hoy día leen como nunca se ha hecho,

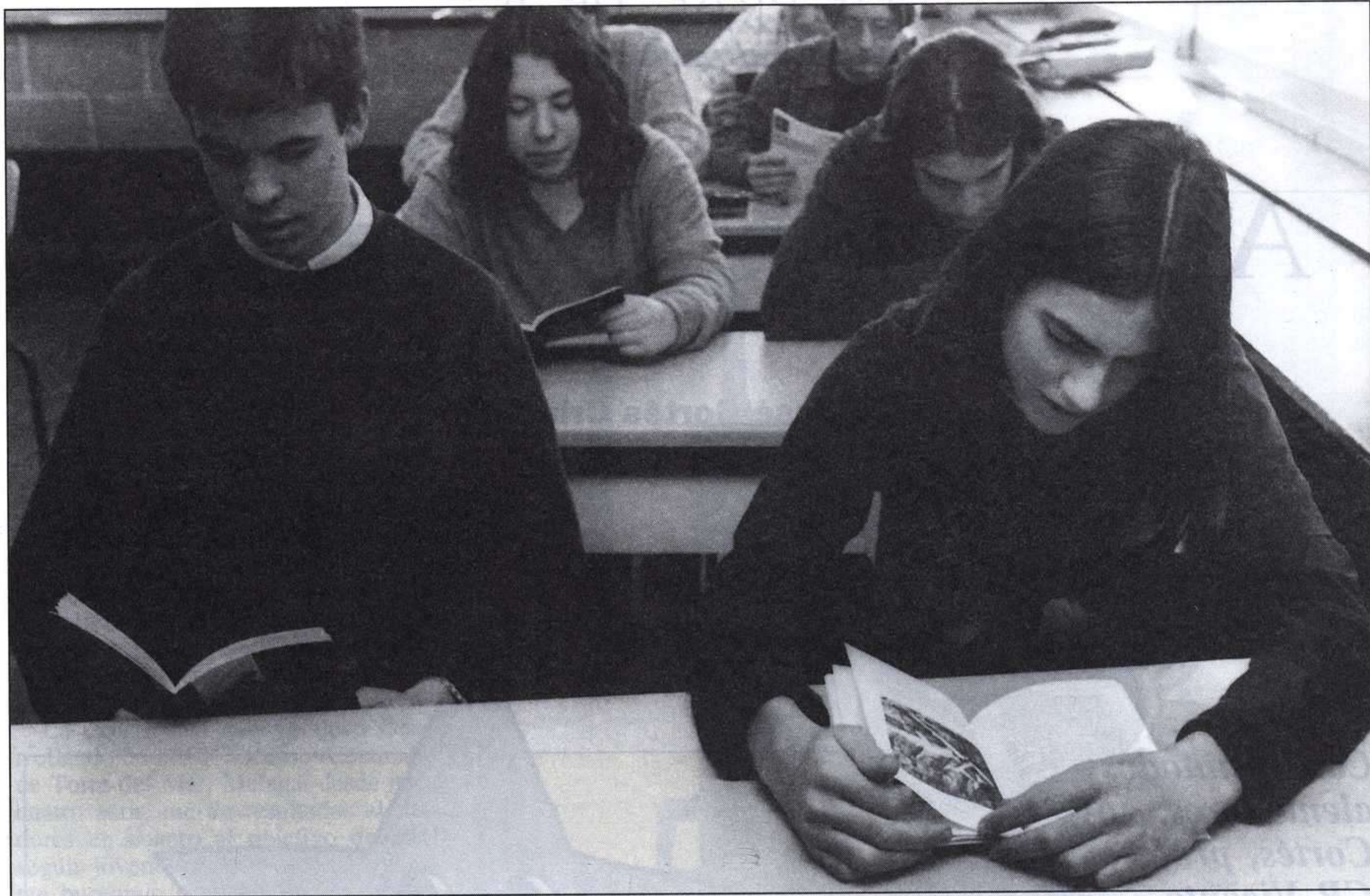
pero a partir de los 14 años les quitamos el gusto con los programas oficiales, y ellos terminan por imitar a una sociedad adulta que no lee, una sociedad ibérica que está narcotizada por culebrones *amorzzzotados*; revistas del corazón que atontan todo afán de saber; unos directores de programas televisivos con enanez mental, romos de imaginación; programas cutres y llorosos para atonamiento general, donde el pensar, el buen gusto, el criterio de los intelectuales, la estética y los debates se fueron a mejor vida.

Es inoperante sólo estudiar la literatura clásica sin abrirles sendas a la aventura de leer, al gozo solipsista, al desarrollo de la fantasía, al camino hacia lo desconocido y la aventura, al enriquecimiento interior. Estos profesores de literatura clásica que ignoran la lectura personal me recuerdan a esos coleccionistas de vino que están todo el día hablando de él y no lo prueban. El buen vino es para beberlo... y luego, muy después, hablemos de marcas y cualidades del bendito líquido. La lectura es como el amor, «esto es amor; quien lo probó lo sabe», dice el experimentado don Lope. Cada edad tiene su lectura, y ojalá supiéramos abrevarlos para que pasaran de las aventuras a las obras profundas, pero éstas no vendrán sin aquellas previas.

## La Lengua, un calvario

En cuanto a la Lengua, hay profesores que la han transformado en un calvario de cruces y cardos con funciones, oclusivas, bilabiales, interdentes, transcripciones, conjuntos endocéntricos, fonemas, morfemas, lexemas... chorremas; análisis arbóreos con doble pizarrón trepando por la pared, sintaxis compleja a un montón de anomalías más que satisfacen programaciones, visitas de inspectores, selectividad... y nada de creación, en lo que debería ser todo lo contrario, ya que es la materia más bella, juguetona, creadora e imaginativa: la expresión y creatividad del pensamiento. Prefiero a una abuela analfabeta que me canta un romance añejo





ANA PEYRI

y me cuenta leyendas de antaño, al gran cátedro que me habla de alturas estagiríticas de semiótica claustral en algo tan sencillo como es hablar, leer y escribir: crear (que es crecer interiormente).

Después de años y más años estudiando tan sesudos contenidos, sudan nuestros alumnos si tienen que escribir una carta, y se sienten impotentes ante un ensayo de cuatro páginas, o se echan para atrás ante la atrocidad de inventar un cuentecillo de dos páginas. ¿Cuándo nos vamos a enterar de que primero es escribir y hablar, y luego, muy después, la reflexión metalingüística? No es que esté en contra de la literatura clásica ni de una gramática elemental y práctica, lo que propongo es la sensatez de los contenidos, la adecuación de las prioridades y la oportunidad del momento. Hay que dar pocos conceptos, y el resto del tiempo que lo dediquen mayoritariamente a leer gozosamente, leerles cuentos, contarles leyendas, escribir trabajando la fantasía a tope, explayarse, crear. A ver cuándo les decimos a nuestros alumnos que todos podemos ser escritores (si bien no to-

dos llegaremos a genios). Es cuestión de que al profesor le guste, se lo crea, quiera y sepa transmitirlo.

Con todo esto no es que quiera ir de *progre* por la vida, estar en contra sin más, no, nada de eso (en la mayoría de los esnobistas no hay teoría y ciencia contrastada, sino papanatismos carente de ambos aspectos; y lo digo para tranquilizar recelos), sino que desearía hacer de esta materia algo atractivo, que entrara más por vía afectiva que intelectual. Habrá que hacer un análisis realista, tratando de ver lo que sirve y lo que hay que cambiar: frente al aburrimiento, la creatividad.

Y sigue habiendo profesores que en todo el curso no hacen lecturas con sus alumnos (sólo las del programa, claro), que ignoran que han existido cientos de años de creación artística, que se empecinan en conceptos gramaticales sin hacer unas mínimas composiciones escritas, un mínimo de desarrollo creador...; cuando la imaginación es lo más bello. La fantasía de los pueblos creó los cuentos y leyendas, «la fantasía habría que inventarla si no existiera», dice Cervantes.

Vemos que nuestros alumnos no escriben ni leen, en general. Pues bien, vamos a enmarcar esta perogrullada, a leer se aprende leyendo, y a escribir, escribiendo.

No entiendo, a estas alturas, que se siga haciendo tamaña castración en aras de la dudosa necesidad de aprender unos conceptos de especialidad universitaria, que ignoraban los señores Baroja, Galdós o Benet (a quienes más de un profesor de COU hubiera suspendido en su clase, por no dominarlos). La «solemne tristeza de las aulas» de la que se quejaba Antonio Machado, sigue, a veces, en plena vigencia. Y muchos, sin enterarse. Es preferible un profesor normal y corriente, enamorado de lo que da, que lanza a sus alumnos a la aventura personal de leer y escribir, al profesor encumbrando que hace que sus alumnos odien la lengua y la literatura.

Así pues, Recemos una oración a Santa Eso para que venga a iluminarnos. Amén. ■

\* Pablo Zapata Lerga es profesor de Lengua y Literatura, y, además, escritor.